
MEMORIAS ENANAS

ELKIN OBREGÓN S.

©Elkín Obregón Sanín

© Editorial Universidad de Antioquia, 2000

Los libros de memorias suelen empezar en la más remota infancia. Leonardo da Vinci, pionero en todo, llevó el asunto al extremo y narró un recuerdo de cuna. Pero Leonardo era un genio, y además el doctor Freud se encargó de refutarle sin piedad esa pretensión. No obstante, y sin llegar a tales audacias, ese tipo de recuerdos primerizos abunda. En mi caso resultan imposibles; o, mejor, se concentran en la única imagen de un niño de tres años que toma el sol en el corredor de una finca. Aunque una foto lo registra, y lo convierte en memoria, creo que el recuerdo es real. Pero es solamente eso, una imagen, un brevísimo flash cercado de tinieblas. Ya un poco más claros, aunque dispersos, mis recuerdos afloran en el tiempo en que entré al colegio. No sólo surgen allí, por supuesto, pero no es imposible que ese nuevo dibujo de la vida haga las veces de un detonador. Así, al menos, sucedió conmigo. No habrá en estas paginitas, espero, excesivos reclamos de añoranza. No es éste, en todo caso, su propósito. ¿Tienen alguno? No sé, tal vez la brevedad. ¿Qué puede legitimarlas? Tal vez, y sólo eso, la ingenuidad.

Hay frases que el uso no desgasta. Se ha dicho miles de veces que el colegio es el espejo de la vida. Un mundo pequeño, con todas las figuras del tinglado. Tardamos en comprenderlo cabalmente, pero lo intuimos desde niños. En el colegio conocemos por primera vez al mezquino, al hipócrita, al noble, al astuto. También al gracioso, al tonto, al que por alguna razón o sin ella nos inspira afecto o rechazo: son nuestros condiscípulos, y también, quizá en menor escala, nuestros profesores. Todo está allí, hemos entrado sin remedio a la vida. Los años no harán otra cosa distinta a desplegar, con luces y sombras, ese abanico.

LA BANDERA

El colegio donde hice el kínder no era mixto. Sólo éste era para niños, sin niñas. Recuerdo (y supongo que todos al evocar ese momento) la sensación de orfandad y de destierro que me produjeron las primeras llegadas a ese lugar inhóspito, situado a dos cuadras de mi casa. La niñera se iba, me dejaba allí, íngrimo,

enfrentado al mundo. Volvía a las tres horas, con la mediamañana. De nuevo un asomo de hogar, muy pronto perdido. Muchos llorábamos. Poco a poco, nos fuimos habituando. O tal vez no. Las colegialas se entreveían, distantes y mayores, ajenas a nosotros. Algunas se acercaban a un chico, le hacían un mimo. Pero casi no existían. Eran otros seres, habitaban un ámbito al que no debía ni me importaba asomarme.

Para el fin de curso la profesora, una monja, organizó entre los alumnos una obra de teatro. Felizmente, no fui elegido. No puedo recordar la historia, pero sí que el personaje protagonista, encarnado por Echavarría, era un sujeto cínico y amargado, descreído de todo, que gracias a felices circunstancias lograba al fin hallar la buena senda. En el primer acto declaraba, con elocuencia, que la bandera patria era un trapo de tres colores. Muchos años después aseguraron lo mismo los nadaístas, en alguno de sus manifiestos. Esa frase, que quería epatar, no me tomó de sorpresa. Por lo demás, sabía desde los cinco años que siempre, como Echavarría, se vuelve al redil.

ARS LONGA

Llego o vuelvo al Ateneo Antioqueño, donde cursé la primaria. No sé por qué, quiero contar primero un episodio fugaz, que por alguna razón no me abandona. Un día cualquiera (yo debía estar en segundo o tercer grado) el rector nos convocó a todos al patio de atrás. Anunció que no se daría esa mañana la última clase, y en su lugar asistiríamos allí mismo a la presentación de unos artistas itinerantes, creo que argentinos. Eran dos pintores acuarelistas, que desplegaron sus caballetes y trebejos al fondo del patio. Se nos situó a prudente distancia, y ante nuestros asombrados ojos fueron surgiendo, como por arte de magia, los rápidos y sucesivos motivos (paisajes, calles, animales) que los dos oficiantes recreaban con rara habilidad en sus papelotes. Sólo al concluir la sesión pudimos acercarnos, y entonces descubrí decepcionado que, vistas de cerca, aquellas imágenes se diluían en trazos gruesos y burdos, poco menos que abstractos, que solamente la lejanía lograba convertir en cosas reconocibles. Eran sólo una ilusión, una falacia. Muchos años tardé en cambiar por admiración el rechazo de ese día.

PEDRO

En primero de primaria la estrella era Pedro Álvarez. Lo primero que veo es un juego, en los recreos, donde un grupo desplazaba al otro hasta dejar un solo ganador. Ese ganador era siempre Pedro. Corría entonces por el patio, olímpico y sonriente, celebrando sin énfasis su victoria. Yo lo veía casi como a un dios, un ser dotado con el nimbo del triunfo. En la clase no era el mejor, no necesitaba de tales nimiedades, pero sí el consentimiento de la maestra, que se rendía como nosotros a su encanto. Algo había en él que nos hacía envidiarlo y seguirlo. Era un born winner, un elegido, bello, displiscente, apolíneo. Ser como Pedro, parecernos siquiera a él, era nuestro deseo secreto. Poco a poco, con el paso de los cursos, se fue desdibujando un poco, ocupó sin estridencias su lugar en la tierra.

El mismo que ahora ocupa, también sin estridencias. Es hoy un ejecutivo, respetable y gris. Más que en las páginas económicas, se le menciona a veces en las sociales. Todos los años la prensa lo registra, con su mujer y sus hijas, en la feria taurina de Medellín. En esas fotos luce satisfecho, siempre joven y simpático, en su barrera de sombra. Creo que se reiría -nunca estuvo dotado para el asombro- si alguien le dijera que alguna vez fue un dios.

EL CULPABLE

Mi maestra de primero de primaria se llamaba la señorita Gabriela. Su edad se me escapa. No guardo de ella malos recuerdos, tampoco buenos. Pero un episodio, que luego supe triste, me hace evocarla. Una tarde corrió por las baldosas del salón de clase un hilo de orines. Reinó el estupor, el chismorreo, la risa. La señorita Gabriela, muy seria, pareció considerar aquello una falta. Exigió con voz imperiosa la confesión del culpable. Nadie respondió, aunque la orden fue repetida varias veces. Finalmente, la maestra optó por una

solución radical: ordenó que los alumnos se fueran levantando, uno a uno, de sus pupitres. Tras un largo suspenso, el reo, Mauricio Arango, fue descubierto. El charco que empapaba su asiento lo delataba sin remedio. No recuerdo si fue castigado, o si bastó su humillación.

Mauricio logró sobrevivir al incidente, y estuvo dos años más en el Ateneo. Luego se retiró, y perdimos su pista. Pero no por mucho tiempo.

Meses después un par de compañeros me contaron un hecho insólito: Mauricio estaba en clases de violín. Yo me resistí a creerlo; aquello era por fuerza una murmuración. Pero algún día me lo encontré en la calle, y sí, era verdad, en una mano empuñaba el estuche delator.

EL PRIMERO DE LA CLASE

Alberto Casas, el gordo Casas, fue uno de mis grandes amigos de infancia y adolescencia. La amistad comenzó el primer día de colegio. Si saberlo, éramos vecinos. Al salir de mi casa hacia ese destino desconocido nos vimos por primera vez. Yo con mi tía, él con su madre, hicimos juntos el penoso recorrido. Eso nos unió. El gordo, hijo de un educador y una maestra, estaba predestinado u obligado a ser un gran estudiante. Él asumió con gusto ese destino, y se convirtió muy pronto, apoyado por todos nosotros, que no osábamos siquiera disputarle ese privilegio, en el primero de la clase. Alberto cumplía ese papel con sencillez, sin aparente orgullo. Creo que lo consideraba algo natural, y no empleaba para ocupar ese sitio armas distintas a las que dictan las cartillas de buen comportamiento.

Pero al llegar a cuarto de primaria empezó a advertirse algo insólito: otro alumno, Bustamante, comenzaba a escalar peligrosas posiciones académicas. De manera impensada, sus tareas, sus deberes, sus redacciones, iban más allá de lo pedido, revelaban un brillo que nos superaba sin remedio. Bustamante era un muchacho cordial, amigo de todos. Estoy seguro de que su amenaza al trono del gordo era por completo involuntaria. El final del curso, sin embargo, corroboró el hecho: Bustamante era ahora el primero de la clase. El día de la entrega de premios, muy de mañana, el gordo y su indignada madre llegaron al colegio, y

cargados con el correspondiente pupitre, que en su caso era suyo, se marcharon para siempre, en altiva señal de protesta. No presencié la escena, pero creo que nadie se alegró.

Al gordo debo, como lo entendí luego, una comprobación. La de que no todos miramos el mundo de igual manera. Vivimos juntos la niñez, la adolescencia, la primera juventud. Fuimos íntimos amigos, y nunca compartimos la visión de las cosas. Yo era un artista, él no. Nos separaba una puerta, que sólo se traslucía en nimiedades. Pero que trazaba, sin que lo entiéramos, una barrera, libre de dolor o soledad. El gordo me enseñó sin saberlo que hay distintos modos de mirar. Si lo encontrara ahora, creo que no lo sentiría demasiado lejano.

SOMBRAS CHINESCAS

El recuerdo de mi Primera Comunión no puede diferir mucho del de cualquier otra persona. En mi colegio se hacía en grupo, al promediar segundo de primaria, después de largas sesiones de preparación. Ese día eran invitados de honor los niños de un orfanato. Presencias ruidosas que no cuestionábamos, pero que escasamente llegaban a tocarnos.

Muchos años después una amiga, hermana de un condiscípulo de aquellos tiempos, me informó que en su casa se conservaba como un tesoro una corta bobina de ocho milímetros, con las memorables imágenes de esa mañana remota. Nos citamos en la casa de otro sobreviviente de aquel día. La noche fijada mi amiga encontró a su espera un pequeño grupo de familia. La luz se apagó, y sobre la pantalla surgieron las mudas siluetas, parpadeantes y vagas, de chicos siempre iguales y fugaces. Mi amigo y yo buscábamos con afán entre aquellas figuras difusas el niño que fuimos.

De repente creció en la pantalla una mancha oscura, anuncio fatal de que el celuloide empezaba a quemarse. La dueña del tesoro cortó de inmediato la función, y los dos ansiosos rostros quedaron para siempre en la sombra.

Ese mínimo episodio me hace acordar de Luis Alberto Álvarez. También él conservaba una película de sus tiempos de infancia, filmada por un tío durante una temporada de vacaciones. Luis Alberto miraba aquel grupo de niños y niñas -hermanas, primos, parientes, vecinos- y los identificaba fácilmente. Apenas uno le era extraño: él, por supuesto. Y gracias a esa singularidad lograba reconocerse.

LOS GRANDES

Los grandes no nos determinaban. Bastaba estar un año adelante para ser grande. Pero en todos los grados había tareas que exigían un dibujo. Los grandes llegaban entonces hasta mi pupitre, súbitamente cordiales. Yo trazaba orgulloso en sus cuadernos los rasgos de Policarpa Salavarrieta o de Simón Bolívar. Era mi momento de triunfo. Una vez complacidos, aquellos seres superiores volvían a ignorarme. Yo regresaba al anonimato, resignado y sonriente. Pero tal vez ese último rasgo de inteligencia es falso; los niños no sonríen.

EL CORSARIO NEGRO

Creo que todos leíamos en el colegio. Muchos, al menos. Recuerdo la colección de Hombres audaces, con las proezas de La Sombra, Doc Savage, Pete Rice, Bill Barnes. También los cuentos de hadas, los libros de Constancio C. Vigil, el Corazón, de Amicis, los tomos diminutos de Callejas. En cuanto a las tiras cómicas, o historietas, su templo mayor era la revista argentina Pif Paf. Cuando los maestros nos sorprendían leyendo en clase esa revista, la decomisaban y la rasgaban ante todos los alumnos. No entendían, supongo, que eso nos hacía desearla más. En mi adolescencia, mi papá me pidió mi colección de Pif Paf, olvidada en algún cajón, para regalarla a un hospital. Se la entregué, convencido de que ya no me interesaban esas

puerilidades. Tardé mucho en comprender que no podía ni quería alejarme de aquel virus. Milagrosamente, logré recuperar luego algunos ejemplares de esa época.

Mis ocho o nueve años están marcados por Emilio Salgari. Sandokán, pero ante todo la larga saga del Corsario Negro, Morgan, y sus incursiones por un Caribe infestado de piratas y alimañas, llenaron mis recreos del colegio, invadieron mis horas de estudio. Conservo todavía esos libros en mi biblioteca, como una concesión o un respeto al niño que fui. Hace un par de años ensayé, con curiosidad y temor, leer la primera página de la saga. No puede parar, leí todos los libros, sin nostalgia.

FUGAS

Teníamos clase los sábados. El profesor de tercero, don Enrique, destinaba esa mañana a la lectura. Amábamos esas horas, creo, porque eran una fuga del aprendizaje. Sin deberes, sin cuadernos, sin obligaciones, don Enrique nos leía. Su voz era una incitación. Pasaban por ella episodios, cuentos más o menos edificantes, y también novelas completas, narradas a cuotas. Ben Hur, por ejemplo, con la competencia de cuadrigas y los largos años en galeras, finalmente redimidos. Don Enrique nos enseñó, no sé si con pleno conocimiento, dos cosas. La primera, el placer de la literatura. La segunda, que toda la rutina del colegio revelaba su mezquindad ante el encanto de esas mañanas sabatinas, libres de calificaciones o regaños. Con esa posible esperanza de libertad llegué al bachillerato, gris espacio que no me permitió nunca a don Enrique. Como muchos, como algunos, tuve que buscar después a solas, sin ayuda de profesores, el placer de los libros, la fuga de lo demás.

SABANETA

Nuestra finca quedaba en sabaneta. Todavía existe, un poco maltratada, pero hace mucho que no es nuestra. También el entorno es otro, tan diferente que hace difícil ubicar el antiguo. Pasábamos allí las vacaciones de julio y diciembre. No quiero incurrir en nostalgias, describir fiestas, navidades, costumbres. Hay infinitos recuerdos de vacaciones mucho más ricos que los míos. O todos son -los que fueron igualmente ricos. No vale la pena evocarlos, hacen parte de una dicha común, real o falsa. Quiero hablar solamente de mi encuentro con las mujeres. Una familia ocupó la finca vecina a la nuestra. Nosotros éramos tres, en la familia recién llegada había tres niñas cuyas edades coincidían más o menos con las nuestras. De inmediato nos hicimos amigas. Nuestras primeras amigas. Yo tenía diez años. La chica de mi edad se tornó por lógica mi cómplice. Al año siguiente, durante las segundas vacaciones compartidas, llegué sin prisa a comprender que la veía con otros ojos, y que esa visión era el amor. Aquella niña fue para mí la primera mujer. La miraba, hipnotizado, y pensaba de veras que ninguna en el mundo podía ser más bella. Fue mi amor iniciático, por cierto desgraciado. Pero gracias a él sé que el amor puede estar libre de deseo. Sólo le hace falta el asombro. Cuando yo la veía, sentía que apenas ella podía ser real. Todo lo demás eran sombras, cuotas ilusorias, siluetas. Un trozo de su piel, un escorzo de tobillo, me explicaban sin apetencia carnal la realidad del mundo. Aunque no me amó, ella me regaló esa verdad, que sólo después pude definir: la sensación de asombro que preside el encuentro con el otro.

LA VITRINA

En la finca había un armario. Era alto, con alas de madera y vidrios forrados en telas de colores, Se llamaba La vitrina. No tenía el encanto de lo prohibido, porque la llave estaba siempre en su sitio. Pero fui su más asiduo visitante. Se colmaba de papeles, y de revistas que oían a viejo. Revistas para grandes. Las mejores, las más tentadoras, llenaban el estante de arriba: Semana, Life, Para ti, El Ruedo, Leoplán. Muchas veces el imán de La vitrina me robó el tiempo de los juegos. Me subía a un taburete, espiaba. Nadie me lo

impedía. Mis hermanos se alejaban, sus voces se perdían a lo lejos. Yo bajaba de lo alto, leía, bebía. Sin moraleja alguna, La vitrina me acompaña todavía. Como objeto, aún existe. Ocupa un lugar en una casa amiga, pero ajena. Las revistas ceden ahora su lugar a bandejas y pocillos. Mi vitrina se convirtió en un aparador. Ni le hablo, ni me habla. Cuando la miro, aunque sé que es ella, no me lo creo.

LOS INOCENTES

Cerca de la finca, al borde del camino, había una tienda. Íbamos allí a comprar frunas, confites o gaseosas. La dueña, una campesina, se llamaba María Luisa. Nos atendía con la deferencia que se debe a los señoritos. Pero era dulce, y le éramos simpáticos. Un día llegamos en grupo, e hicimos un pedido insólitamente rico. Asombrada, María Luisa fue acumulando sobre el mostrador dulces, panes, frutas, enlatados, viandas. Ya todo listo, alguno de nosotros le recordó que era 28 de diciembre. Sin decir una palabra, ella volvió a su sitio el festín. Un segundo después, habíamos crecido. Nos retiramos, sintiendo a las espaldas un reproche que, bien lo sabíamos, no llegaba a insulto ni a desprecio.

REGRESO

Terminan las vacaciones, volvemos a la ciudad. Atrás quedan amigos y recuerdos. Fatalmente, el carro que nos trae se aleja de todo. Atrás queda el campo, el pueblo; surge de nuevo la carretera, las vallas, por fin nuestra calle, ya casi olvidada.

La casa es un coco vacío, lleno de ecos. Los padres toman posesión de él, abren puertas y armarios, ubican ropas, enseres, airean, se instalan. Seres diligentes, fríos como el espacio que nos abrumba.

Huérfanos, desolados, ensayamos jugar en ese lugar inhóspito, que alguna vez fue nuestro, que mañana volverá a serlo.

MONTEIRO

Un día, mi papá llegó a la casa con un libro. Llamó a sus tres hijos, y anunció triunfal que por fin íbamos a leer un libro de verdad, sin láminas. Cuando pude hojearlo vi que, aunque sí las tenía, no era en efecto un "libro de láminas". El título, Historia del mundo, no prometía nada bueno. Pero muy pronto sucumbí a la magia de Monteiro Lobato. Aquel libro hacía parte de una larga serie; como rezaba en las solapas, los relatos allí narrados tenían una continuidad episódica. Mis padres dosificaban esa continuidad. Cada cierto tiempo llegaba un nuevo tomo, esperado siempre con avidez. Los cumpleaños, las fiestas, la almohada del Niño Dios acogían las llegadas sucesivas de aquellas historias deslumbrantes. Monteiro Lobato llegó a ser casi nuestro huésped, y la finca del Benteveo Amarillo un lugar familiar, repleto de aventuras. Nadie que las haya leído podrá olvidar a Naricita, a Pedriño, a Doña Benita, a la muñeca Emilia y el vizconde de La Mazorca, fabricados ambos por las manos sabias de la negra Anastasia. Ni aquel prodigioso viaje a la luna, donde viven San Jorge y el Dragón, ya sin lanza ni llamas, habitantes únicos de ese planeta que nadie, después de ese viaje, ha pisado jamás.

Ya mayor supe que Lobato, cuentista, novelista, editor pionero, periodista, polemista, es aún en Brasil un personaje inolvidable. Una noche, en un bar de Sao Paulo, un desconocido se me acercó. Estaba borracho. Murmuró algunas incoherencias, y después, mirándome con fijeza, me informó: "Yo sé quién es usted. Usted es un Monteiro Lobato".

Pedí dos caipiriñas.

EL TÍO JORGE

El tío Jorge había quedado mermado mentalmente, a causa de un derrame cerebral. Así lo conocí. Casi no hablaba. Su mejor modo de expresión era una risita seca, casi un hilo de risa. Pero su rostro era bello, y sus cejas rebeldes le daban un aspecto extraño, que lo diferenciaba de sus hermanos. Nunca me acerqué mucho a él, me inspiraba un cierto rechazo, un cierto temor. En las vacaciones nos hacía cometas: finas, perfectas, eran tan chicas que no podían volar. Pero él parecía no advertirlo, y las repetía sin angustia.

Había sido violinista. Lo vi luego en un álbum de familia, antes de todo, antes de mí. Grave, noble, las cejas hirsutas, un poco lejano.

CARTAGENA

El primer viaje largo fue a Cartagena. Casi de noche salimos al aeropuerto. A pesar de la novedad, me duermo en pleno vuelo. Despierto justo a tiempo de empezar a bajar la escalerilla. Aunque sólo he visto uno, se me ocurre que todos los aeropuertos son iguales. No lo son. El avión sufrió una avería a mitad del viaje, y ha regresado a Medellín. El sueño me libró de la primera angustia aérea. Volvemos a casa, dormimos entre maletas, muy de mañana reiniciamos la aventura.

Cartagena es un castillo enorme, con un túnel infinito. También es un mar verde y una playa. Y es el primer hotel, amplio, insólito, lleno de sol, más mágico que el mar.

PIES DE BARRO

Al principio del curso el maestro recién llegado, ayuno de referencias propias, trataba de detectar por sí mismo al mejor alumno de la clase, ése que habría de servirle para acicatear a los otros, o acaso para humillarlos. El nuevo maestro corrió lista, dijo algo, preguntó alguna cosa alusiva a la materia de esa hora. Para sorpresa general, fue Eduardo Palacio quien contestó. Eduardo era un chico banal, insignificante. Lo mejor es que lo sabía, o lo intuía, nunca había pensado en acceder por buenos o malos manejos a lugares privilegiados. Pero su respuesta engañó al maestro, lo llevó a pensar que allí estaba el alumno buscado. Le preguntó su nombre, lo identificó, le hizo otra pregunta que él, entre halagado y sorprendido, sorteó con éxito. Sufrí por él, porque sabía que Eduardo no estaba a la altura de ninguna cosa, buena o mala.

Por fuerza el maestro, a pesar de su inexperiencia, advirtió finalmente su error. Las aguas volvieron a su cauce, se reubicó sin protestas la valoración apropiada. Eduardo, rey por un día, regresó a su humilde lugar. Nunca me atreví a preguntarle, por supuesto, si él había sido consciente de un modo cabal de aquella insólita preferencia. O si, advirtiéndola, sintió pena al comprender que muy pronto habría de mostrar sus pies de barro.

LOS CHINCOVSKI

Los Chincovski, Iván y Hugo, eran rusos. O, al menos, hijos de ruso. Pésimos estudiantes, hoscos, sucios, no tenían amigos y además se liaban a golpes con quien los retara, en los recreos del colegio. Los demás asistíamos, curiosos y sin solidaridad, a esos pugilatos de puñetazos y narices reventadas. Ninguna disciplina o consejo lograba corregirlos. Un día, el rector nos congregó a todos en el patio central del colegio. Al frente, los Chincovski. Se nos informó que estábamos allí porque el padre de los dos alborotadores había sido citado para informarle, en público, dada la gravedad del caso, el comportamiento agresivo de sus hijos.

El padre llegó, cumplidamente. Era un hombre enorme, rojo, de aspecto burdo. Oyó en silencio las acusaciones, mientras Iván y Hugo inclinaban la cabeza, mudos, sin pensar siquiera en defenderse. El padre, con torpe español y escasas palabras, prometió castigarlos, los llamó a su lado, se marchó con ellos. Al terminar el año, no sé si por decisión paternal o rectoral, quizás por ambas, los dos hermanos fueron retirados del Ateneo. Tardé mucho tiempo en sospechar que su actitud pendenciera era apenas una defensa. Habitaban un ghetto de dos, y suplían a golpes la hostilidad que los cercaba, gracias al hecho de ser diferentes, de nunca haber sabido o haberseles permitido integrarse. Además eran pobres, sus zapatos y hasta sus uniformes lucían siempre raídos. Esto empeoraba las cosas, los alejaba aún más de la tribu. Los pobres eran admitidos en el Ateneo, pero su presencia no dejaba de ser vagamente molesta. Algunos no lo advertían; otros, más sabios que los rusos, disimulaban con amistad o buenas notas su incómoda posición.

Muchos años después vi en el periódico una foto borrosa, al lado de una gacetilla. Según ella, triunfaba en la provincia antioqueña un joven novillero: "Hugo Chincovski, el torero ruso". Un día lo vi llegar a un café, en las afueras de Envigado, acompañado de unos amigos. Mi memoria había borrado su cara, supe que era él por las frases que me llegaron. Era un muchacho apuesto, sonriente. Me pareció afable. Ni pensé en abordarlo. Jamás habíamos sido amigos, con certeza yo no existía para él. Le deseé, en silencio, éxitos que no llegaron. Muy pronto desapareció de las ferias de pueblo, no hubo más gacetillas.

EL ABUELO

Casi no tuve abuelos. Los maternos murieron antes de que yo naciera. De los paternos, doña Rosa es una imagen vaga y sonriente, perdida en mi primera niñez. Le sobrevivió don Pedro. Algo en él me repelía, por distante; fue siempre para mí una presencia lejana. Los domingos íbamos a visitarlo. Vivía en un chalet en La América, con sus hijas. Era un anciano silencioso, delgado, ausente. Sentado en una vieja silla, inmóvil, no parecía prestar atención a sus nietos. Nunca lo amé, no fue para mí el abuelo cariñoso o solidario. No sentí su muerte. Pero me asustó la visita a ese velorio al que por fuerza debía asistir. Felizmente, el ataúd estaba cerrado. Flotaba por esa casa que me era casi extraña un olor de velorio, y una confusión de parientes y vecinos. Me refugié en un rincón, amedrentado, tratando de aislarme. Pasaron las horas. Luego se realizó el

funeral, en la iglesia de la parroquia, y los deudos volvieron a la casa del abuelo. No todos. Mi papá se fue con sus tres hijos a una heladería cercana. Comimos helado, hablamos con él de las cosas de que hablan los niños. La muerte se fue alejando, volvimos a ser felices. Era ya de noche cuando regresamos a la casa. Esa tarde presidió lo gloria de mi padre.

MAGIAS

Héroes de mi infancia: El Fantasma, Supermán, Tarzán, La Sombra, Robin Hood. Robin Hood tenía el rostro sonriente la increíble puntería de Errol Flynn. La Sombra de los libros vestía una capa negra, y con ella y su astucia derrotaba a los gánsters, batiéndose a balazos, siempre de noche, en oscuros callejones. Poco después leí la historia de Robin Hood, y encontré en Pif Paf la versión dibujada de La Sombra. Según el libro, Robin recibía al nacer la visita de un hada que le otorgaba dones sobrehumanos. En la historieta, la capa de La Sombra lo hacía literalmente invisible. Yo no aceptaba esas nuevas versiones, que hacían de mis héroes, gracias a ayudas sobrenaturales, seres invulnerables. Rechazaba la magia, exigía la realidad. Gloriosamente reales debían ser por fuerza las hazañas del bandido de Sherwood y las victoriosas incursiones del rey de las tinieblas. Hasta Supermán era real, pues como bien se sabe sus poderes son moneda corriente en Kriptón. Sólo cuando crecemos podemos entender y desear la magia, esa cosa que, ya lo comprendemos, se ha marchado del mundo.

CIENCIAS

Algo terrible sucede en lo más denso de la noche. Despierto, aterrado y sudando. No llamo a mis padres, porque intuyo que sería inútil. Nadie puede atenuar este pavor. Es la primera cara de la soledad, y también la primera sospecha, o el consuelo, de que hay alguna cosa siniestra que a todos, con distintas

formas, nos busca.

UN PECADO

Alguna vez, ignoro la causa, busqué algo en el guardarropa de mi papá. Lugar prohibido, por lo demás, cuya absoluta privacidad no era necesario siquiera anunciar. De pronto descubrí un libro, semiescondido en el fondo del mueble. Curioso, espí su carátula, casi invisible en la penumbra. Se llamaba El libro infernal, y bajo el título una mujer desnuda y encadenada enfrentaba el suplicio de la hoguera. No osé tocarlo, huí sobresaltado de la alcoba. Guardé hermético silencio sobre el episodio. No podía hacer otra cosa.

Pero me obsesionaba ese libro, sin duda alguna tan terrible que mi papá lo mantenía oculto en el más secreto rincón de su guardarropa. Por mis ojos pasaban visiones brumosas, que no podía concretar, pero que presagiaban oscuras culpas, pecados ni siquiera sospechados. Desde su remoto escondrijo, el libro anunciaba además que mi papá, sin que nadie lo supiera, era un depravado, un hombre de lecturas inconfesables. Algún domingo me vi solo en la casa. No recuerdo por qué, pero sí que mi soledad duraría poco. Me puse a hojear un libro, y de repente recordé el otro. Corrí ansioso al armario paterno. No estaba cerrado. Busqué a tientas el libro, que quizá ya no estaría. Estaba. Lo saqué, lo abrí temblando. Era un tomito pequeño y barato, poco más que una cartilla. Se trataba de un herbolario, o como quiera que se llamen esas colecciones de pócimas populares, hechas a base de hierbas: recetas para el reuma y la gota, infusiones para los cólicos, emplastos para las almorranas y el carranchil.

Con decepción volví a ponerlo en su sitio. Años después lo recordé, sentí por él otro tipo de curiosidad. Lo busqué de nuevo en el guardarropa. Ya no estaba allí, no volví a verlo nunca.

UNA CULPA

Marta, durante un tiempo la sirvienta de mi casa, era una muchacha campesina y fuerte, de aspecto algo tosco, sana del alma y cuerpo. Nos hicimos grandes amigos. Yo me pasaba largos ratos en la cocina, oyendo sus confidencias, tan ingenuas, sospecho, como las mías. Me hablaba del novio, que adoraba, de lo mucho que la hacía sufrir. Sonaba una canción triste en el radio, y ella suspirando, confesaba: "Esa canción me sale". Copiaba versos en un cuaderno, amaba el amor, sospechando a medias sus falacias.

El baño de mi casa, descubierto, lindaba con el del servicio. Sólo los separaba un muro de unos dos metros, que dejaba arriba un ancho tragaluz. Un día decidí pescarla in fraganti. La esperé, trancado en mi baño, la sentí entrar al suyo, oí el ruido de la ducha. Me trepé a un asiento y asomé sin recato la cabeza. Al verme, ella me lanzó una mirada resignada, exenta casi de reproche. No intentó cubrirse. Ofrecida, inerme, se dispuso apenas a sufrir con paciencia y mansedumbre la insolente pesquisa del señorito. No resistí su actitud, con la que no contaba; bajé a toda prisa de mi atalaya, sin atreverme a disfrutar aquel paisaje nunca visto. Salí del baño, avergonzado y culpable.

Ella no me acusó ante mis padres, y nunca mencionamos entre nosotros el incidente. Borré a toda prisa aquel relámpago de desnudez, del que era indigno.

MÚSICAS

Mi papá no era creyente. No rezaba, no iba a misa. Pero era el primero en señalarnos nuestro lugar en el Rosario, al lado de mi mamá. Cumplido ese deber, se esfumaba. De chicos, pedíamos a la hora de dormir la bendición de nuestros padres. Cuando llegaba su turno, siempre el segundo, nos despedía con la mano, y silbaba, sin decir las palabras rituales: "Con Dios me acuesto, con Dios me levanto..." Dormíamos felices, fascinados con aquella novedad siempre nueva. La moraleja, si alguna hay, la entendí después, no cabe aquí.

SEMIFINAL

Es la nariz el mejor baúl de recuerdos. Más que la música, los libros, las tertulias, el olfato nos obliga a viajar, sin pedir permiso, en la máquina del tiempo. Una máquina instantánea. El olor de una fogata o de unos papeles amarillentos es más fuerte que nuestros anhelos. Queríamos evocar algo, tal vez, y el aroma importuno nos empuja a otro sitio. Puede ser un lugar, un momento, una canción perdida que llega a nosotros esquivando el oído o el deseo. Algunos de esos olores nos toman de sorpresa, de otros conocemos ya el efecto. Si pudiéramos clasificarlos en cajitas, como un mágico rapé, podríamos manejar a gusto nuestros itinerarios de viaje. O casi. Por mi parte, quiero citar, entre varios, uno. El olor a Cresopinol, que me sitúa de inmediato, y a un mismo tiempo, en dos teatros: el Junín y el Cine al Día. Ya sin pedir licencia a mi nariz, elijo ahora este último, elijo la película: El Portero, con Cantinflas. Veo la gran casona de inquilinato, animada y solidaria. Veo a Cantinflas, amando en vano a una muchacha que escoge al fin a otro, sin saber que hiera. Pobre Cantinflas, entrega su nobleza y su esperanza a un cariño ilusorio. Salgo del cine, tal vez con amigos, tal vez con mis padres. Así, pues, la vida puede ser injusta, no siempre premia al bueno. Soy ya tan grande que no quiero compartir con nadie mi primera desilusión.

Algunas cosas contaminan ya el sueño. Oscuramente, un niño lo comprende. Pero hay tiempo todavía. La noche es la noche, la quebrada suena como una quebrada. Dumbo, el perro, duerme. La gran aventura es aún esperar sin insomnio el próximo día.

Me detengo ante una puerta, que me invita a salir de la infancia. Más que una puerta, es un largo túnel invisible. ¿Cuándo lo crucé? Lo ignoro. Nadie debe saber, sospecho, en qué momento venció definitivamente ese umbral. Me detengo, pues, miro hacia atrás, me despido. Veo la vitrina, los cromos de colores, algún momento de triunfo, alguno de desdicha, sombras. Oigo el llanto de un cachorro, la canción que, salida del radio, me arrojó una noche. Busco una frase feliz para terminar, no la encuentro. Copio una: "Desperté. ¿Quién enturbia los mágicos cristales de mi sueño?"

Ya la frase está escrita, pero no creo merecerla. Trato de hablar con ese niño, y no lo logro. Pronto, y el

día esté lejano, sabré quién fui.